

CUATRO LECCIONES DE CIENCIA POLITICA

■ Intervinieron Daniel Bell, Pérez Díaz, Suzanne Berger y Pierre Hassner

Entre el 14 y el 23 de junio, el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones organizó un ciclo titulado «Cuatro lecciones de Ciencia Política», en el que in-

tervinieron **Daniel Bell, Suzanne Berger, Pierre Hassner y Víctor Pérez Díaz**, director del citado Centro de Estudios Avanzados. Se incluye a continuación un resumen de las cuatro intervenciones.

Daniel Bell

LA TERCERA REVOLUCION INDUSTRIAL



Hoy día, en la tercera revolución industrial en la que estamos, nuestro sistema político, sobre todo el europeo, está puesto en tela de juicio. Hoy, el capital es mundial y está en continuo movimiento y la mayoría de los estados no se han adaptado a los nuevos cambios.

Pero antes de ver el tipo de sociedad y de revolución tecnológica en la que estamos actualmente, hay que considerar las otras dos revoluciones, que han precedido a la actual; revoluciones todas ellas que han cambiado el carácter de la gente.

La primera tuvo lugar hace unos 200 años con la invención del motor de vapor. Hasta entonces nadie hubiera imaginado —ni Leonardo— que una máquina pudiera mover algo: la fuerza del viento, del músculo humano o animal, sí, pero no una cosa sintética, no natural. La segunda revolución vino con el descubrimiento de la electricidad, que ha modificado sensi-

blemente los hábitos de la Humanidad.

La tercera revolución está comenzando a afectar especialmente a las telecomunicaciones. Hoy día están cambiando radicalmente conceptos como 'tiempo', 'espacio', 'recursos', etc. En octubre de 1987, el 'octubre negro', la Bolsa de Nueva York estuvo a punto de colapsarse. Aquel hecho tuvo repercusión inmediata e instantánea en todas las bolsas, porque el concepto tradicional de tiempo se ha perdido. Igual ocurre con el 'espacio'. Los ejércitos modernos han suprimido este concepto.

Han cambiado enormemente el trabajo, los recursos humanos empleados. Hoy en Estados Unidos sólo el 15 por 100 de la mano de obra corresponde a trabajadores industriales, y a finales de este siglo bajará hasta un 10 por 100; en mi país sólo un 4 por 100 está dedicado al campo. Es un cambio muy importante

en el trabajo. Estamos, pues, en una nueva revolución.

Pero ¿podemos imponer una métrica, una forma de organizar nuestras percepciones, hay manera de seguirle la pista a estos cambios? Este es mi trabajo. Hay que hacer varias distinciones académicas, hay que distinguir entre revolución tecnológica y el marco social estructurado en el que acaece esta revolución. Hace quinientos, doscientos años, los cambios tenían un efecto determinante inmediato en la sociedad. Hoy tenemos más elección, más posibilidades, se brindan nuevas perspectivas de futuro.

Uno de los rasgos fundamentales de esta tecnología es la codificación del conocimiento científico. Esta es la base de la sociedad humana. En este siglo estamos asistiendo a la codificación de los conocimientos teóricos. Lo que en la cabeza de Einstein o de otros científicos eran principios teóricos, han acabado siendo aplicaciones prácticas decisivas en la Humanidad, desde la relatividad, el rayo láser, las computadoras, todo.

Todo es hoy electrónico. El teléfono empezó siendo mecánico, luego electromecánico y hoy electrónico. Otro dato fundamental en la revolución en la que estamos es la miniaturización de los objetos. Los transistores, primero luego, los chips, son los cimientos de esta Tercera Revolución. El microprocesador es la base, con los semiconductores, de estas sociedades avanzadas en las que vivimos.

Esto, como se comprenderá, tiene unas consecuencias económicas fabulosas. No hay más que ver lo que ha ocurrido en Japón en los últimos diez años. Su poder económico es un 35 por 100 superior al de hace unos años; pues bien, su volumen real

de exportación es muchísimo más pequeño que el de hace años. ¿Qué ha ocurrido? Pues que se han reducido sensiblemente los productos que fabrica, calculadoras, radios, etc.

Hay otra consecuencia más. Todo se ha convertido en sistemas de número, todo se ha digitalizado. Además la telemática permite que todos los sistemas mundiales se integren. Se ha revolucionado también la tecnología de materiales. Hay modificaciones geográficas decisivas. Tradicionalmente una gran ciudad, un asentamiento humano importante, surgía cerca de donde hubiera agua, donde fueran fáciles de establecer sistemas de transportes, etc. Esto también ha cambiado. Los diferentes núcleos que están surgiendo en Silicon Valley, en San Francisco, y sitios similares, están cerca de universidades, cerca de donde está el capital intelectual.

Otro cambio decisivo es el de los mercados. Hoy los mercados no son lugares, sino redes de telecomunicación. Se amplía el escenario, se multiplica el número de actores que participan en estos trueques y éstos se realizan a más velocidad y de forma casi simultánea. Ahí está el caso del casi colapso de las Bolsas en octubre de 1987. Ahora todo es mundial. Ha cambiado el tamaño de las cosas, el concepto de escala es variable. El capital no está asentado en un lugar, está en continuo movimiento por el mundo, respondiendo a este cambio.

DANIEL BELL, nacido en Nueva York en 1919, Pitt Professor in American Institutions, King's College, Cambridge (Inglaterra), y Profesor de Ciencia Política de la Harvard University, es autor de *Capitalism Today*, *The Cultural Contradictions of Capitalism* y *The Social Sciences Since World War II*.

Víctor Pérez Díaz

SIMBOLISMOS POLITICOS DE LA DEMOCRACIA LIBERAL



La discusión sobre el simbolismo político está íntimamente ligada a la discusión sobre la legitimación de la dominación, de modo que consideraré los elementos básicos de una teoría de dominación política, que es la teoría de una relación de supersubordinación entre dos agregados de actores y posiciones institucionales.

Sociedad civil y Estado son dos términos que llevan consigo una sobrecarga de experiencias controvertidas y de connotaciones políticas e ideológicas, cuyo significado se ha desmadejado, por así decirlo, en el curso de la Historia.

Poder o dominación significaría la capacidad para hacer que las cosas se hicieran, con el compromiso de que se hagan como el dominador o el dominante quiere que se hagan, frente a la resistencia humana. Dominación política significaría la capacidad del Estado, de los dominantes, para obtener obediencia de sus súbditos, esto es, de la sociedad civil. Sin embargo, como Weber nos ha enseñado, esto no es suficiente para comprender el tipo de relación estable y duradera que la dominación política implica entre dominantes y súbditos; de aquí el añadido crucial del concepto de legitimidad.

De este modo dominación política significaría la capacidad para llevar a cabo decisiones que son decisiones últimas, contra las que no hay elección posible, y que se imponen, si es necesario, contra la voluntad de los

súbditos, de tal forma que los súbditos experimentan miedo.

Este sentimiento no es pasajero, sino duradero, convertido en una pauta de comportamiento estable. El cómo se da esto tiene dos respuestas o la combinación más bien de dos tipos de consideraciones, unas de carácter formal y otras de carácter sustantivo. Teniendo en cuenta consideraciones formales, la legitimidad viene dada por los súbditos a los dominadores; puede ser dada, y alcanza posiciones de autoridad según la tradición, según un procedimiento legal instituido o a causa de su poder extraordinario; de aquí su carácter carismático.

Sin embargo, sólo podemos dar sentido al fenómeno de la legitimidad, o al consentimiento moral de la autoridad, si tenemos en cuenta que los súbditos hacen también consideraciones sustantivas con relación al contenido de las órdenes de los dominadores y a la congruencia entre esas órdenes y los problemas de la sociedad tal como son percibidos.

Si el consentimiento moral a la autoridad es dado en base a esta legitimidad sustantiva de la dominación, en este caso la dominación debe ser considerada como un instrumento para resolver problemas de la comunidad y, por tanto, el comportamiento de los dominadores debe ser juzgado de una manera relativamente racional; el consentimiento debe ser considerado co-

mo condicional a este comportamiento de los dominadores durante un cierto tiempo, y ese consentimiento debe verse como una cuestión de intercambio entre dominadores y súbditos.

Hay al menos cuatro elementos básicos que los dominantes deben resolver en todos los sistemas políticos conocidos: la defensa exterior, la seguridad interna, la integración social y el bienestar material.

Si existen consideraciones favorables respecto a la legitimidad de los dominadores (que sean carismáticos, tradicionales o legales), y se hace un uso correcto de los símbolos políticos, se puede reforzar el poder de los dominantes y de alguna manera suplir el fracaso de los dominantes en resolver los problemas. Se les da, pues, una reserva de crédito, en base a la cual éstos pueden vivir mientras son incapaces o no saben o no quieren o no pueden realizar las tareas que se espera de ellos. Las democracias liberales dan a los dominados oportunidad de limitar el poder de los dominantes e influenciar el contenido de sus políticas, oportunidades que otros regímenes no suelen dar.

En la democracia liberal el pueblo domina o manda en el sentido débil de que selecciona a sus dominantes y consigue desembarazarse de ellos por medio de algunos procedimientos y en su momento. Estos dominadores tienen el derecho de mandar al pueblo, de emitir órdenes dentro de ciertos límites. En una democracia liberal los dominantes tienen que mandar dentro de unos límites, en el marco de una Constitución, por ejemplo; el área de las decisiones colectivas legítimas se detiene en esos límites; más allá de ellos, la democracia se colapsa.

Puesto que algunos problemas

son difíciles o incluso «imposibles» de resolver, las políticas reales tienen que ser complementadas por simbolismos políticos, que nos ayudan a vivir con problemas que no podemos resolver. Hay dos factores que pueden explicar por qué las políticas reales no pueden resolver los problemas de la comunidad. Uno es la limitación del tiempo o el espacio temporal sobre el cual podemos aplicar las políticas reales. El otro es los conflictos internos de la comunidad, que están por debajo de estas políticas.

La política y el Estado operan sobre la base de una posición muy contradictoria. Su existencia, la razón de ser de su poder, está basada en su capacidad para controlar el destino y para responder a cuestiones básicas acerca de la identidad y de la prosperidad de la comunidad, que solamente pueden ser contestadas comparando el presente con el pasado y con el futuro.

Estos dos ingredientes están fuera de nuestro alcance; por eso los dominantes no tienen otro remedio que tratar de vivir dando la impresión de que tienen un poder del que carecen; de ahí que se tengan que comprometer obsesivamente con políticas simbólicas, puesto que los símbolos son los únicos medios a través de los cuales esta impresión puede ser creada. Los dominados pueden ser cómplices de este juego y compartir las ilusiones de los dominantes.

VICTOR PEREZ DIAZ nació en Madrid en 1938 y es catedrático de Sociología de las Organizaciones de la Universidad Complutense, además de Director del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones. Es autor de *Estado, burocracia y sociedad civil* y *El retorno a la sociedad civil*, entre otros títulos.

Suzanne Berger

EL NEOLIBERALISMO Y SUS ORIGENES



Por neoliberalismo entiendo la reformulación contemporánea de la visión mundial liberal clásica de los siglos XVII y XVIII. Son muchas las aportaciones a esta reformulación por parte de los economistas. El neoliberalismo creció partiendo de un ataque contra Keynes y está asociado a los escritos de Milton Friedman, Hayek, von Mises. En cuanto a la teoría política, me llama la atención la ausencia de grandes pensadores y la influencia de una gran variedad de publicistas, escritores populares, periodistas y políticos.

La experiencia de Gran Bretaña, Francia y otros muchos experimentos más limitados de privatización en otros países parece sugerir, a mi juicio, que hay mucho más pendiente. No obstante, por útiles que fueran los ejemplos americanos, que se pueden considerar como munición para peleas domésticas, está claro que el neoliberalismo es una configuración cultural muy diferenciada de un país a otro. Y por muy útiles que sean los ejemplos americanos, lo que estamos viendo ahora no es la difusión de las ideas o prácticas de los Estados Unidos.

No obstante, al aproximarse el fin de la era Reagan, es importante pensar sobre la continuidad del programa neoliberal con el que llegó a su mandato Reagan en 1980. En los Estados Unidos nos encontramos en plena campaña presidencial, en la que ni los republicanos ni los demócratas han elevado el pabellón del neoliberalismo. La re-

tórica de las campañas de Reagan en 1980 y 1984 ha quedado escondida bajo la alfombra. Y sea Dukakis o Bush quien gane las elecciones en noviembre, está claro que en los cuatro próximos años el Estado va a desempeñar un papel mucho más importante.

El neoliberalismo, en retirada en los Estados Unidos y Francia, sigue dominando en Gran Bretaña. ¿Se trata de una ola de ideas políticas ya en declive o se trata de una marea, con bajar y pleamar, que gradualmente va encauzando en su curso todas las otras corrientes políticas? De hecho, hay dos explicaciones totalmente contradictorias respecto a la duración actual del neoliberalismo. Hay una que ve las derrotas y predice la decadencia de estas ideas en todas partes, posiblemente con la sola excepción de los países anglosajones.

La otra opinión, la opuesta, ve no la derrota del neoliberalismo, sino su triunfo. Para quienes comparten esta última, lo que ocurre en Francia no es que la derecha haya perdido las elecciones, sino más bien que los socialistas que han ganado difieren fundamentalmente de quienes ganaron en 1981. Desde esta perspectiva, los socialistas de 1988 han absorbido y han consentido tanto de la agenda neoliberal que apenas sí pueden distinguirse de los neoliberales.

De manera similar, en lo que se refiere a Dukakis y Bush, lo

importante es posiblemente el hecho de que ambos han absorbido tanto de la agenda neoliberal —y de hecho la política americana ha sido transformada de tal manera por el neoliberalismo en los últimos ocho años— que ninguno de los partidos necesita proclamar su adhesión a estas ideas.

¿Derrota o triunfo? Creo yo que hay dos posibles planteamientos: uno estructural y otro coyuntural. Aquél, vinculando estos cambios ideológicos a cambios en las economías avanzadas y apostando por la duración del neoliberalismo; y el segundo, concretándose en cambios políticos en estas sociedades e inclinándose, por lo tanto, a ver en el neoliberalismo un fenómeno cíclico de poca duración.

El sistema económico está en crisis en este momento y con ello las doctrinas de Keynes y la socialdemocracia. Para el nuevo mundo de empresas pequeñas y competitivas, innovadoras, el neoliberalismo representa el sentido común político. Este es, más o menos, el argumento de quienes creen que el neoliberalismo tiene probabilidades de resistir a las fortunas electorales de este o aquel partido porque, a su juicio, el neoliberalismo es la lógica política del nuevo sistema económico.

Pero esta postura no me convence. A mi juicio, el economismo de esta explicación de los orígenes del nuevo liberalismo se viene abajo. Hoy en día, la ineficacia del Estado se ve como una carga que pesa sobre la economía y la convocatoria apunta a la reforma de la administración para que sea más eficaz. No hay relación evidente entre la difusión de las doctrinas neoliberales y el éxito económico.

Si no se puede entender el

neoliberalismo como un reflejo ideológico de cambios en las economías industriales, ¿cómo entenderlo? Mi opinión es que el neoliberalismo es ante todo anti-estatismo y que es una —aunque no la única— forma de frustración contemporánea y de reacción contra la política y la administración. ¿Dónde se presenta? ¿Por qué se presenta en algunas sociedades industriales avanzadas y no, en medida significativa, en otras? ¿Cuál es su futuro? Mi respuesta a estas preguntas es, en términos generales, la siguiente: el neoliberalismo se presenta como fuerte corriente contemporánea de pensamiento político en países en los que hay una base de valores políticos de tradición antiestatista, aun cuando no hayan sido utilizados recientemente.

Y lo que quisiera subrayar es que la experiencia histórica y las tradiciones de las sociedades nacionales contienen tendencias contradictorias y conflictivas, cada una de las cuales apoya distintos tipos de prácticas políticas, diferentes tipos de instituciones y diferentes tipos de alianzas políticas. Así pues, la pregunta se debe reformular como sigue: ¿en qué circunstancias vuelve a la superficie el liberalismo y se hace «hegemónico», incluso ante tradiciones poderosas y conflictivas de relaciones estado-economía?

La respuesta está no en los cambios de la economía, sino en los cambios de las ideas políticas y las relaciones entre ideas en las culturas políticas nacionales.

SUZANNE BERGER, nacida en 1939, Ford International Professor of Political Science, Massachusetts Institute of Technology, es autora, entre otros, de *Organizing Interests in Western Europe* y *Religion and Politics in Western Europe*.

Pierre Hassner

LA DIVISION DE EUROPA



No hay un significado único aceptado del término «Europa» ni tampoco del término «división». Las diferencias políticas (nuestro tema específico) podrían tener que relacionarse con las diferencias en la definición de los límites de Europa y del entendimiento de la naturaleza y las raíces de su división. A su vez, estas diferencias se pueden fundamentar en diferencias de emplazamientos geográficos y experiencias históricas de los diversos países de Europa occidental.

Posiblemente el interrogante principal de cara al futuro de Europa se refiere a la discrepancia inevitable entre estas diversas divisiones que corresponden a las dimensiones contradictorias de la realidad y el carácter deseable o peligroso de intento de su reducción a un común denominador.

Las ambigüedades afines al concepto de «división» son entonces no menos evidentes. Europa está dividida en naciones-estados, en dos campos o bloques enfrentados a lo largo del Telón de Acero y en regiones que pueden o no atravesar ambos. He aquí la interrogante: ¿cuál es la división que hay que superar? Evidentemente, sobre todo la que está simbolizada por el Telón de Acero. Pero esta división ¿ha de sustituirse por una Europa de naciones-estados resultantes de la disolución de las organizaciones rivales existentes, o por una asociación de las últimas, o por una unión más amplia de mayor alcance,

o por alguna combinación de una media Europa más unida, asociada con otra mitad más fragmentada?

Los estados de Europa occidental se pueden dividir en cuatro categorías, dos de ellas precisamente representadas por Alemania y Francia, situadas en posiciones únicas a ambos extremos del espectro. Alemania es el país más afectado por y más relacionado con la división de Europa, por las razones evidentes de que se superpone a su propia división.

La segunda categoría comprendería países que, sin estar divididos, comparten con Alemania unos lazos geográficos, históricos, económicos y culturales con países de «la otra Europa». Este es el caso, sobre todo, de Austria, el país centroeuropeo por excelencia.

En la misma categoría de relación directa se encontrarían los países de los Balcanes como Grecia y Turquía, por su relación con Bulgaria, Albania y Yugoslavia; Italia, por las mismas razones; los países escandinavos, por sus lazos con las repúblicas del Báltico y con Polonia, por no citar Finlandia.

Al otro extremo están los países de Europa occidental, que son puramente occidentales: esencialmente los del Benelux, Suiza y la Península Ibérica. Su interés por Europa oriental se ajusta en su medida al interés por la paz y el comercio. Recibirán con los brazos abiertos el fin de la

división de Europa, pero no tienen un interés inmediato. Esencialmente éste es, asimismo, el caso de Gran Bretaña, cuyos intereses y dilemas son principalmente Occidente-Oriente.

En este caso, la geografía es el destino, pero también lo es la historia. Se puede comprender gran parte de la actividad de los tres países respecto a la división de Europa a la luz de sus respectivas situaciones en 1945. Alemania, habiendo sido la causa principal de la división de Europa, se había convertido en su víctima y era entonces objeto de negociaciones más que participante en las mismas. Por otra parte, Gran Bretaña era uno de los vencedores y, en apariencia y según su propia percepción, una de las tres grandes potencias. Francia estaba a mitad de camino, medio derrotada, medio victoriosa, medio participante, medio excluida de las negociaciones.

Todo el mundo habla hoy de la autoafirmación de Europa, pero ésta puede tomar por lo menos dos direcciones. En Francia y en círculos conservadores de Europa occidental, una significa sobre todo progreso en la cooperación política y militar de Europa occidental, que conduzca algún día a un centro independiente de poder que pueda constituir o bien el segundo pilar de la Alianza Atlántica o bien la Tercera Potencia.

El tema que crea confrontación en todo país de Europa occidental es cómo cambiar o equilibrar ambas dimensiones multilaterales —la Europa occidental y la Pan-Europa— entre sí y con el bilateralismo nacional. Esto, a su vez, depende de las prioridades dadas a las metas de influencias deseadas (las sociedades de Europa oriental, sus gobernantes o su hégemo so-

viético) y en las áreas de la política.

El multilateralismo europeo es evidentemente el método más directo de ayuda, por su propia existencia, a la superación de la división de Europa.

Posiblemente la dimensión más importante sea la que ya —sin esperar a los gobiernos— da resultados más efectivos a favor de la superación de las barreras entre las dos Europas: los medios de comunicación de masas. Hay una serie de propuestas de programas comunes e intercambios, lanzados en el marco de la CSCE, pero sin logros tangibles numerosos. Hay convocatorias, discusiones y perspectivas de prestar dimensión europea a los proyectos de un satélite de TV francoalemán o europeo occidental.

La seguridad es probablemente el área más polémica. El control de armamento y la «détente» serían las vías hacia la afirmación de intereses comunes y específicos de los estados europeos, con exclusión de los ideológicos, que se ven como factores de división y de dominación de superpotencia.

La creación de una situación especial para los no nucleares (y especialmente para los dos estados alemanes dentro de las dos alianzas y en el marco de zonas no nucleares) sería el camino a seguir para superar la división artificial. Este argumento tiene mucha fuerza y es posible que en mayor o menor grado esté influyendo directamente en todos los gobiernos de Europa occidental.

PIERRE HASSNER, nacido en 1933, de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, de París, es autor de *Europe in the age of negotiation, Totalitarisms* y «The View from Paris», en *Ending Empire*.